



Talmíd תלמיד “una palabra hebrea la cual significa un verdadero discípulo que desea ser lo que el Rabí Jesús es.”

El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo. 1 Juan 2:6 (RVR)

VOLUME 9 ISSUE 1

1 DE ENERO DE 2,017

PROCURA CON DILIGENCIA PRESENTARTE A DIOS APROBADO, COMO OBRERO QUE NO TIENE DE QUÉ AVERGONZARSE, QUE USA BIEN LA PALABRA DE VERDAD. 2 TIMOTEO 2:15



Dr. Eddie Ildelfonso

*West Los Angeles Living Word Christian Center
Los Angeles, California*

*Professor, Covington Theological Seminary
Executive Vice President and Dean of
Covington Theological International Studies*

Todo por Gracia

Unas palabras trascendentales para quienes están buscando la salvación por medio del Señor Jesucristo

¡Para ti!

El propósito de este artículo es la salvación del lector. Quien lo elaboró y escribió, se vería grandemente frustrado si no condujera a muchas personas al Señor Jesús. Este artículo sale a la luz con una infantil dependencia en el poder de Dios, el Espíritu Santo, para que lo use en la conversión de millones de personas, si así lo quisiera. Sin duda, muchos hombres y mujeres de condición humilde tomarán este volumen, y el Señor les visitará con gracia. Para cumplir este propósito se ha escogido el lenguaje más sencillo, y se han utilizado muchas ex-

presiones comunes. Pero si algunas personas de riqueza y abolengo leyeran la enseñanza completa, el Espíritu Santo podría conmovérlas *a ellas* también, ya que lo que puede ser comprendido por el iletrado no es menos atractivo para el instruido. ¡Oh, que lo leyeran algunos que a su vez se convirtieran en grandes ganadores de almas!

¿Quién podría saber cuántos encontrarán su **camino a la paz** por medio de lo que leyeren aquí? Una pregunta más importante para ti, querido lector, es esta: **¿Serás tú uno de ellos?**

Un cierto individuo colocó una fuente a la vera del camino, y colgó en la fuente un vaso que pendía de una cadenita. Algún tiempo después le contaron que un gran crítico de arte había criticado severamente su diseño. “Pero”, -preguntó el hombre- “¿hay muchos sedientos que beben de la fuente?” Le respondieron que miles de pobres, hombres, mujeres y niños, calmaban su sed en esa fuente; entonces él sonrió y dijo que le turbaba muy poco la observación del crítico, y que sólo esperaba que algún día del ardiente verano el propio crítico pudiera llenar el vaso y refrescarse y alabar el nombre del Señor.

Aquí está mi fuente y aquí está mi vaso: criticalos si te place; pero, **por favor, bebe del agua de vida**. Lo único que me importa es eso. Yo preferiría bendecir el alma del más pobre barrendero callejero, o del recogedor de basura, que agradar a un príncipe sin poder convertirlo a Dios.

Lector, **¿estás dispuesto a hacer algo** al leer estas páginas? Si es así, estamos de acuerdo de entrada; que encuentres a Cristo y el cielo es el único propósito que

se persigue aquí. ¡Oh, que podamos buscarlos juntos! Yo lo hago al dedicar este artículo con oración. ¿No te unirás a mí, elevando tu vista a Dios y pidiéndole que te bendiga mientras lo lees? La providencia ha puesto estas páginas en tu camino; tienes un poco de tiempo disponible para leerlas y te sientes dispuesto a prestarles tu atención. Estas son buenas señales. ¿Quién sabe si el tiempo establecido para la bendición ha llegado para ti? De todos modos, el Espíritu Santo dice: **“Si oyereis hoy su voz, no endurezáis vuestros corazones.”**

¿Cuál es nuestro propósito?

Escuché una historia; me parece que proviene de la región del norte del país: un ministro visitó a una pobre mujer con la intención de proporcionarle ayuda, pues sabía que era muy pobre. Con una moneda de media corona en su mano, tocó a su puerta, pero ella no respondió. El ministro dedujo que no se encontraba en casa, y se marchó. Poco tiempo después se la encontró en la iglesia, y le dijo que había recordado su carencia: “la busqué en su casa, y toqué varias veces, y supongo que no se encontraba allí, pues no recibí respuesta.” “¿A qué hora me buscó, señor?” “Era cerca del mediodía”. “Oh, no”, -dijo ella- “yo le oí, señor, y lamento no haberle respondido porque *yo pensaba que se trataba del hombre que venía a cobrar la renta*”. Muchas pobres mujeres saben lo que esto significa. Ahora yo deseo ser escuchado, y, por tanto, quiero decirles que no vengo a cobrar la renta; en verdad, el propósito de este artículo no es pedirles nada, sino decirles que **la salvación es TODA ELLA POR GRACIA**, que quiere decir: *libre, gratuita, por nada*.

Con mucha frecuencia, cuando estamos ansiosos de llamar la atención, nuestro interlocutor piensa: “¡Ah!, ahora van a decirme mis deberes. Se trata del hombre que me busca por lo que le debo a Dios, y sé que no tengo nada con qué pagar. Pretenderé no estar en casa.” No, este artículo **no llega para exigirte algo**, sino para traerte algo. No vamos a hablar acerca de la ley, ni del deber, ni del castigo, sino acerca del amor, la bondad, el perdón, la misericordia y la vida eterna.

No pretendas, por tanto, estar fuera de casa: no te hagas el sordo o el desentendido. Yo no te estoy pidiendo nada en el nombre de Dios o del hombre. No es mi intención exigir nada de tus manos; yo vengo, en el nombre de Dios, para traerte una dádiva que será para tu dicha presente y eterna, cuando la reci-

bas. Abre la puerta y deja entrar a mis argumentos. **“Venid luego...y estemos a cuenta”**. El propio Señor te invita a una entrevista que tiene que ver con tu felicidad inmediata y sempiterna, y no habría hecho esto si no tuviera buenas intenciones para contigo. No rechaces al Señor Jesús que toca a tu puerta, pues toca con una mano que fue clavada al madero por personas como tú.

Puesto que Su único y exclusivo propósito es tu bien, inclina tu oído y ven a Él. Oye diligentemente y deja que la buena palabra penetre en tu alma. Acaso ha llegado la hora en la que entrarás en esa nueva vida, que es el comienzo del cielo. La fe viene por el oír, y leer es una forma de oír: la fe podría venirte mientras estás leyendo este libro. ¿Por qué no? ¡Oh bendito Espíritu de toda gracia, haz que así sea!

Dios justifica al impío

Escucha un breve sermón. Hallarás el texto en la Epístola a los **Romanos**, en el **capítulo cuatro** y **versículo cinco**:

“Mas al que no trabaja, pero cree en aquel que justifica al impío, su fe se le cuenta por justicia”.

Les pido que presten atención a estas palabras: **“Aquel que justifica al impío”**. Me parece que son palabras sumamente extraordinarias.

¿No les sorprende encontrar una expresión como ésta en la Sagrada Biblia: “Que justifica al impío”? He oído que algunos hombres que odian las doctrinas de la cruz, presentan una acusación contra Dios porque salva a los impíos y recibe a los más viles de los viles. ¡Vean cómo la propia Escritura acepta la imputación y declara el hecho con franqueza! Por boca de Su siervo Pablo, por inspiración del Espíritu Santo, Él mismo asume el título de **“Aquel que justifica al impío”**. Hace justos a quienes son injustos, perdona a quienes merecen ser castigados y favorece a quienes no merecen favor alguno.

Tú has pensado que la salvación era para los buenos, ¿no es cierto? Has creído que la gracia de Dios era para los puros y los santos, para aquellos que están libres de pecado, **¿no es verdad?** Se te ha metido que, si fueras excelente, entonces Dios te recompensaría; y has pensado que debido a que no eres digno, no podría haber forma de que goces de Su favor. Has de estar un tanto sorprendido al leer un texto como este: **“Aquel que justifica al impío”**.

No me extraña que te sorprendas, pues, a pesar de toda mi familiaridad con la grandiosa gracia de Dios,

nunca dejo de asombrarme de ese texto. Suena muy sorprendente, ¿no es cierto?, que pueda ser posible que un Dios santo justifique al hombre impío. Nosotros, de acuerdo a la legalidad natural de nuestros corazones, estamos hablando siempre de nuestra propia bondad y de nuestros propios méritos, y sostenemos tenazmente que ha de haber algo en nosotros que atraiga la atención de Dios.

Ahora, Dios, que ve a través de todas nuestras imposturas, sabe que no hay ninguna bondad de ningún tipo en nosotros. Dios dice que **“No hay justo ni aun uno”**. Sabe que **“Todas nuestras justicias son como trapos de inmundicia”**; y, por ello, el Señor Jesús no vino al mundo para buscar la bondad y la justicia entre los hombres, sino para traer consigo bondad y justicia, y para otorgarlas a aquellas personas que carecen de ellas.

Viene, no por causa de que seamos justos, sino para hacernos justos: Él justifica al impío.

Cuando un abogado se presenta en la corte, si es un hombre honesto, desea litigar el caso de una persona inocente y absolverla ante la corte de los cargos que son falsamente imputados a su cliente. El objetivo del abogado es justificar a la persona inocente, y no debería intentar encubrir a la parte culpable. El hombre no tiene ni el derecho ni el poder de justificar verdaderamente al culpable. Este es un milagro reservado únicamente para el Señor. Dios, el soberano infinitamente justo, sabe que no hay un solo justo en toda la tierra que haga el bien y no peque, y, por tanto, en la infinita soberanía de Su naturaleza divina y en el esplendor de Su amor indecible, asume la tarea, no de justificar al justo como de justificar al impío.

Dios ha concebido la manera y los medios de hacer que el impío sea justamente acepto delante de Él: ha establecido un sistema mediante el cual puede tratar al culpable, con perfecta justicia, como si toda su vida hubiese estado libre de ofensa, sí, puede tratarle como si fuese enteramente libre de pecado. **Él justifica al impío.**

Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores. Es algo muy sorprendente, algo que debe ser asombroso más que nada para aquellos que ya disfrutaban de la justificación. Yo sé que para mí sigue siendo, hasta el día de hoy, el mayor portento que pudiera conocer que Dios *me* justificara a mí. Yo me siento como un bulto de indignidad, como una masa de corrupción, como un montón de pecado, aparte de Su amor todopoderoso.

Sé, con una plena seguridad, que soy justificado por la fe que es en Cristo Jesús, y que soy tratado como si yo hubiese sido perfectamente justo, y hecho heredero de Dios y coheredero con Cristo; y, sin embargo, por naturaleza debo tomar mi lugar entre los más pecadores. Yo, que soy completamente indigno, soy tratado como si hubiese sido merecedor. Soy amado con tanto amor como si siempre hubiese sido piadoso, aunque más bien yo era un impío. ¿Quién podría evitar sentirse sorprendido por esto? La gratitud ante tal favor se reviste con ropas de asombro.

Ahora, aunque esto sea muy sorprendente, quiero que adviertas cuán asequible se hace el Evangelio para ti y para mí. **Si Dios justifica al impío, entonces, querido amigo, Él puede justificarte.**

¿Acaso no eres precisamente de ese tipo de personas? Si eres un inconverso en este preciso instante, es una descripción muy apropiada de ti: has vivido sin Dios, has sido lo opuesto de piadoso; en una palabra, has sido y eres *impío*. Tal vez ni siquiera hayas asistido a algún lugar de adoración en el día domingo, y más bien has vivido descuidando ese día, y la casa, y la Palabra de Dios, lo cual demuestra que has sido impío.

Y lo que es más triste todavía, pudiera ser que incluso hayas tratado de dudar de la existencia de Dios, y hayas llegado hasta el extremo de declararlo. Has vivido en esta hermosa tierra, que está saturada de evidencias de la presencia de Dios, y todo este tiempo has cerrado tus ojos a las claras evidencias de Su poder y Deidad. Has vivido como si no hubiera Dios. En verdad, te habría agradado sobremedida si hubieses podido demostrarte a ti mismo con absoluta certeza que no había ningún Dios. Posiblemente hayas vivido muchísimos años de esta manera, de tal forma que ahora ya estás muy bien establecido en tus caminos, y, no obstante, Dios no está en ninguno de ellos. Si fueras calificado como:

IMPÍO

esa palabra te describiría con tanta precisión como si el mar fuera clasificado como **“agua salada”**. **¿No es cierto?**

Acaso eres una persona de otro tipo; has cumplido regularmente con todas las **formas externas de la religión**, pero lo has hecho sin involucrar tu corazón en absoluto, y has sido realmente un impío. Aunque te reúnes con el pueblo de Dios, nunca te has reunido con Dios tu solo; has participado en el coro, y, sin embargo, no has alabado al Señor con tu corazón. Has vivido sin ningún amor a Dios en tu corazón, o alguna consideración para Sus mandamientos en tu vida.

Bien, tú eres precisamente la clase de hombre a quien es enviado este Evangelio: este Evangelio que declara que Dios justifica *al impío*. Es algo muy asombroso, pero está felizmente disponible para ti. Es lo apropiado para ti. ¿No es cierto? ¡Cómo deseo que lo aceptes! Si fueras un hombre sensato, verías la insigne gracia de Dios al proveer para personas que son como tú, y te dirías: “¡Justificar al impío! Entonces, ¿por qué no habría yo de ser justificado, y ser justificado de inmediato?”

Ahora, observa, además, que *ha de ser así*: que la salvación de Dios es para quienes no la merecen, y no tienen ninguna preparación para ella.

Es razonable que la declaración sea incorporada a la Biblia, pues, querido amigo, nadie más necesita justificación sino quienes carecen de una justificación propia. Si algunos de mis lectores son perfectamente justos, no necesitan ninguna justificación. Tú sientes que estás cumpliendo bien con tu deber, y casi estás poniendo al cielo bajo una obligación para contigo. ¿Qué necesidad tienes de un Salvador o de la misericordia? ¿Qué necesidad tienes de justificación? Ya estarás cansado de mi artículo en este momento, pues no tiene ningún interés para ti.

Si algunos de ustedes se están dando aires tan altivos, escúchenme unos momentos. Tan ciertamente como que viven ahora, ustedes serán condenados. Ustedes, hombres justos, cuya justicia es enteramente el resultado de su propia obra, son, ya engañadores o engañados, pues la Escritura no puede mentir y lo dice muy claramente: “**No hay justo, ni aun uno**”.

En todo caso, no tengo ningún evangelio que predicar para los justos con justicia propia, no, ni siquiera una palabra del Evangelio. El propio Jesucristo no vino para llamar a los justos, y yo no voy a hacer lo que Él no hizo. Si yo les llamara, ustedes no vendrían, y, por eso, no les llamaré bajo ese carácter. No, les pido que más bien miren esa justicia propia hasta que descubran qué gran engaño es. No es ni la mitad de sólida que una telaraña. ¡Acaben con ella! ¡Huyan de ella!

¡Oh señores, las únicas personas que pueden necesitar justificación son aquellas que no son justas en sí mismas! Necesitan que se haga algo por ellas para hacerlas justas ante el tribunal de Dios. Tengan la seguridad de que el Señor hace únicamente lo que es necesario. La sabiduría infinita nunca intenta hacer lo innecesario. Jesús nunca emprende lo superfluo. La obra de Dios no consiste en hacer justo a

quien *es* justo: esa sería una labor para un necio; por el contrario, hacer justo a quien es injusto, esa es una obra para el amor y la misericordia infinitos. **Justificar al impío: ese es un milagro digno de Dios. Y, en verdad, así es.**

Ahora, miren. Si hubiere en alguna parte del mundo un médico que ha descubierto remedios valiosos y eficaces, ¿a quiénes sería enviado ese médico? ¿Sería enviado a quienes están perfectamente sanos? Espero que no. Ubíquelo en un distrito donde no hubiere personas enfermas y se sentiría fuera de lugar. No podría curar a nadie. “Los sanos no necesitan médico sino los enfermos”.

¿Acaso no es igualmente claro que los grandiosos remedios de la gracia y la redención son para los enfermos del alma? No podrían ser para los sanos, pues no les serían de utilidad. Si tú, querido amigo, sientes que estás enfermo espiritualmente, el Médico ha venido al mundo para ti. Si estás completamente arruinado en razón de tu pecado, eres precisamente la persona buscada en el plan de salvación. Yo declaro que el Señor de amor tenía bajo Su mira a personas precisamente como tú, cuando ordenó el sistema de gracia.

Supongan que un individuo de espíritu generoso resolviera perdonar a todos aquellos que estuvieren endeudados con él; es claro que esto sólo podría aplicarse a quienes realmente fueran sus deudores. Una persona le debe mil libras esterlinas; otro le debe cincuenta libras esterlinas; todo lo que tiene que hacer cada uno de ellos es presentar su pagaré para que su obligación de pago sea borrada. Pero la persona más generosa no puede perdonar las deudas de quienes no le deben nada. Perdonar a quien no tiene pecado está fuera del poder de la omnipotencia. El perdón, por tanto, no puede ser para ti, que no tienes pecado. El perdón ha de ser para el culpable. La remisión ha de ser para el pecador. Es absurdo hablar de perdonar a quienes no necesitan el perdón, de absolver a quienes no han cometido ninguna ofensa.

¿Piensas que has de ser **condenado porque eres un pecador**? Esta es la razón por la cual puedes ser salvado. Debido a que te reconoces pecador, quiero alentarte a creer que la gracia es dispensada a personas como tú. Uno de nuestros autores de himnos se atrevió incluso a decir:

**“Un pecador es algo sagrado;
El Espíritu Santo lo ha
hecho así”.**

Es verdaderamente cierto que Jesús busca y salva lo que se había perdido. Él murió y llevó a cabo una

expiación real por pecadores reales. Cuando los hombres no están jugando con las palabras, o llamándose a sí mismos “miserables pecadores”, por pura cortesía, me siento lleno de gozo cuando me reúno con ellos. Me daría gusto platicar la noche entera con pecadores *que se reconocen sinceramente como tales (bona fide)*. El mesón de la misericordia nunca cierra sus puertas para ellos, ni días de semana ni domingos. Nuestro Señor Jesús no murió por pecados imaginarios, sino que la sangre de Su corazón fue derramada para limpiar manchas de color carmesí que nada más podría quitar.

Aquel que es un negro pecador, es el tipo de hombre que Jesucristo vino a blanquear. En cierta ocasión un predicador del Evangelio predicó un sermón sobre el texto: “Ahora, ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles”; y pronunció un sermón de tal naturaleza que uno de sus oyentes le dijo: “Uno habría pensado que usted estaba predicando a criminales. Su sermón debió haber sido predicado en la cárcel del condado.” “Oh, no”, -respondió el buen hombre- “si yo predicara en la cárcel del condado, no predicaría sobre ese texto, allí predicaría sobre: “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”. Justo eso. La ley es para los justos con justicia propia, para abatir su orgullo: el Evangelio es para los perdidos, para suprimir su desesperación.

Si no estás perdido, ¿qué tienes que ver con un Salvador? ¿Debería el pastor ir en busca de las ovejas que nunca se descarriaron? ¿Por qué la mujer habría de barrer su casa por las monedas que nunca abandonaron su bolsa? No, la medicina es para el enfermo; la vivificación es para los muertos; el perdón es para los culpables; la liberación es para quienes están atados: la restauración de la vista es para quienes están ciegos. ¿Cómo se podrían explicar el Salvador, y Su muerte en la cruz, y el Evangelio del perdón, a menos que fuese sobre la suposición de que los hombres son culpables y dignos de condenación? El pecador es la razón de la existencia del Evangelio. Tú, amigo mío, a quien llega ahora esta palabra, si eres indigno, si eres digno del castigo, si eres digno del infierno, tú eres el tipo de hombre para quien el Evangelio es ordenado, y dispuesto y proclamado. Dios justifica al impío.

Yo quisiera presentar esto de manera muy sencilla. Espero haberlo logrado ya; pero, aun así, sencillo como es, únicamente el Señor puede hacer que un hombre lo vea. En verdad al principio le parece sumamente asombroso al hombre que ha despertado, que la salvación sea realmente para él como un ser

culpable y perdido. Piensa que la salvación ha de ser para él como un hombre penitente, olvidando que su arrepentimiento es una parte de su salvación. “Oh”, -dice él- “pero he de ser esto y lo otro”, todo lo cual es cierto, pues será esto y eso como resultado de la salvación; pero la salvación viene a él antes de que tenga cualquiera de los resultados de la salvación. Viene a él, de hecho, mientras merece esta descripción abominable, despreciable, miserable y desnuda: “*impío*”. Eso es todo lo que es cuando el Evangelio de Dios viene para justificarlo.

Quisiera, por tanto, exhortar a quienes no poseen nada bueno, que temen que ni siquiera tienen un sentimiento bueno o cosa alguna que les recomiende ante Dios, que crean firmemente que nuestro misericordioso **Dios puede y quiere** recibirlos sin nada que les recomiende, y perdonarlos espontáneamente, no por causa de que *esos individuos* sean buenos, sino debido a que *Él* es bueno. ¿Acaso no hace salir Su sol sobre malos y buenos? ¿Acaso no da tiempos fructíferos y envía la lluvia y el sol sobre las naciones más impías? Sí, hasta la misma Sodoma recibía Su sol, y Gomorra tenía Su rocío. Oh amigo, la grandiosa gracia sobrepasa mi comprensión y la tuya, y quisiera que la consideraras dignamente. Como son más altos los cielos que la tierra, así son los pensamientos de Dios más que nuestros pensamientos. Él puede perdonar abundantemente. Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores: el perdón es para el culpable.

No intentes darte unos retoques pretendiendo pasar por algo que realmente no eres; antes bien, tal cual eres acude a quien justifica al impío. Hace poco tiempo, un gran artista había pintado una parte de la ciudad en la que vivía, y quería incluir en su cuadro, -por razones históricas- a ciertos personajes muy notables de la ciudad. Un barrendero de las calles, desaseado, andrajoso y mugroso, era muy conocido por todos, y había un lugar apropiado para él en el cuadro. El artista le dijo a este individuo tosco y andrajoso: “te pagaré bien si vienes a mi estudio y me permites hacerte un retrato.” El barrendero se presentó en la mañana, pero pronto se le pidió que volviera a sus actividades, pues se había lavado la cara y se había peinado y se había vestido de manera respetable. El pintor lo necesitaba como un mendigo, y no era invitado en ninguna otra capacidad. De la misma manera, el Evangelio te recibirá en sus salones si vienes como un pecador, y no de otra manera. No esperes una reforma, sino ven de inmediato por tu salvación. Dios justifica *al impío*, y eso *te* incluye donde estás ahora: te recoge en tu peor estado.

Entra en tu estado actual. Quiero decir, ven a tu

Padre celestial con todo tu pecado y tu condición pecaminosa. Ven a Jesús tal como eres, leproso, in-mundo, desnudo, incompetente para vivir e incompetente para morir. Ven, tú que eres la basura de la creación; ven, a pesar de que difícilmente te atrevas a esperar algo más que la muerte. Ven, aunque te cobije la desesperación, oprimiendo tu pecho como una horrible pesadilla. Ven y pídele al Señor que justifique a otro impío. ¿Por qué no habría de hacerlo? Ven, pues esta grandiosa misericordia está destinada para personas como tú. Lo digo en el lenguaje del texto, y no puedo expresarlo más vigorosamente: el propio Señor Dios se asigna este título misericordioso: “**El que justifica al impío**”. Él hace justos y hace que sean tratados como justos aquellos que por naturaleza son impíos. ¿Acaso no es esa una maravillosa palabra *para ti*? Lector, no te levantes de tu asiento hasta no haber considerado bien este asunto.

CORAM DEO **(Ante la cara de Dios)** **Crear con el corazón**

Romanos 10:8-10 (LBLA)

⁸ “Mas, ¿qué dice? **CERCA DE TI ESTA LA PALABRA, EN TU BOCA Y EN TU CORAZON, es decir, la palabra de fe que predicamos:**

⁹ **que, si confieras con tu boca a Jesús por Señor, y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo;**
¹⁰ **porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación”.**

A efectos de comprender mejor el funcionamiento del ser humano es útil identificar las diferentes áreas que lo componen: el cuerpo, la mente, el alma y el espíritu (o el corazón). La persona completa es aquella que ha logrado un buen nivel de desarrollo en cada una de estas áreas de la vida. En nuestros tiempos, sin embargo, vemos que el hombre vive una vida cada vez más fragmentada, mostrando una gran disparidad en el nivel de desarrollo logrado entre los diferentes elementos que componen su humanidad.

Cuando consideramos al hombre contemporáneo observamos que, sin duda, posee un alto nivel de

desarrollo intelectual. El proceso educativo formal, que es casi exclusivamente mental, ocupa al menos un tercio de la vida del ser humano. Vivimos también en una época en que ha proliferado como nunca antes el acceso del hombre a toda clase de información acerca de los temas más diversos. Alguien ha señalado que un diario típico de cualquiera de las grandes ciudades de nuestro continente posee más información de lo que una persona en el siglo XVII podía acumular en toda una vida.

Increíblemente, esta verdadera avalancha de información no ha producido personas más sanas y equilibradas. Al contrario, pareciera que la distancia que separa el desarrollo mental del desarrollo emocional o espiritual es cada vez mayor. El nivel de disparidad entre estas diferentes facetas de nuestra humanidad ha llegado a niveles alarmantes, y ha producido personas altamente desarrolladas en lo intelectual que, a la vez, son primitivas en lo emocional y espiritual.

Esto representa un verdadero obstáculo para aquellos que desean entrar en una dimensión más profunda de la vida espiritual. El lenguaje principal en el reino de los cielos es espiritual, pero este es el aspecto del ser humano que demuestra menos evidencias de desarrollo. En el texto de hoy, sin embargo, Pablo afirma que la acción de creer, para los hijos de Dios, es una acción que ocurre primordialmente en la esfera del corazón. Es una convicción espiritual que desafía las estructuras intelectuales que utilizamos para analizar y entender todos los demás aspectos de la vida. En lo intelectual la mente se mueve confiada frente a los desafíos normales de este mundo, pero en lo espiritual tiene que contentarse con un rol secundario. No es que la mente no tiene ninguna función en la vida espiritual, sino que está limitada en su capacidad de incursionar en los misterios de Dios.

La persona madura en Cristo no alcanza este crecimiento porque haya entendido que las propuestas de Dios son lógicas y fáciles de entender, sino porque posee una persuasión que es producto de una relación con el Señor.

CORAM DEO (Ante la cara de Dios)


Para pensar:

La convicción espiritual que mueve la vida del discípulo está directamente ligada a su cercanía a Dios. A mayor intimidad, mayor certeza de que el camino trazado por el Espíritu es el correcto.

Covington
 Dr. Steve Sullivan, President
Theological Seminary
Conservative in Theology : Liberal in Love and Service

Quality education through home study for those who cannot attend a campus setting.

Associate, Bachelor, Master and Doctorate Degrees offered



Areas of study Available:

- Theology
- Bible
- Pastoral
- Christian Education
- Counseling
- Music
- Ethnic Studies

Accredited by ACI

**Training Leaders
 Impacting Eternity**

For more information contact us today: P.O. Box 176, Rossville, GA, 30741
 Located at 118 Cross St, Fort Oglethorpe, GA, 30742
 Ph: 706-866-5626 Fax 706-861-3550 Email: registrar@covingtonseminary.org

To request a catalogue give us a call or email: info@covingtonseminary.org

International Extension Schools

The North Andros Bible Institute
 Barbados, Bahamas
 Covington Theological Seminary of Brazil
 Rio de Janeiro, Brazil
 Covington Theological Seminary of Chile
 Talagante Santiago, Chile
 The Ghana Baptist Institute & Bible College
 Accra, Ghana
 Covington Theological Seminary of Honduras
 Tegucigalpa, Honduras
 Covington Theological Seminary of Gudiwada
 Krishna-Andhrapradesh, India
 The International Extension of Indonesia
 Jakarta, Indonesia
 Covington Theological Seminary of Indonesia
 Papua, Indonesia
 Blue Mountain Baptist Bible College
 Ogbomosho, Oyo State, Nigeria
 Covington Theological Seminary of Pakistan
 Lahore, Pakistan
 Covington Theological Seminary of the Philippines
 Bohol, Philippines
 Covington Theological Seminary of Romania
 Susani, Romania
 Covington Theological Seminary of South Africa
 Johannesburg, South Africa
 Covington Theological Seminary of Zimbabwe
 Victoria Falls, Zimbabwe

*West Los Angeles
 Living Word Christian Center*



6520 Arizona Avenue
 Los Angeles, CA 90045 USA
 (310) 645-2522 or (310) 665-0137

Email: admin@wlalwcc.org
 Web Site: www.wlalwcc.org